

Ayer

*La belleza de la mujer residía en que no era en absoluto consciente de su perfección. Él la había observado el tiempo suficiente para sospecharlo, pero solo al conocerla había podido comprobar que su instinto había resultado certero. Era recatada, tímida y fácilmente influenciable. Tal vez era insegura, o no muy inteligente. Quizá era una persona solitaria que no tenía claro su lugar en este complicado mundo.*

*La verdad era que todo eso no importaba.*

*Ella miró hacia la derecha. Lo importante eran los ojos.*

*Iban lanzando destellos a medida que ella se acercaba por la acera, con un vestido veraniego holgado que le llegaba hasta las rodillas, en absoluto inapropiado. Le gustaba cómo se le movía el vestido y con qué armonía movía piernas y brazos. Tenía la piel pálida y era tranquila. Habría preferido que llevase el pelo de forma ligeramente distinta, pero tampoco importaba tanto.*

*Lo verdaderamente esencial eran los ojos.*

*Tenían que ser claros, profundos e inocentes, así que él siguió observándola con detenimiento para asegurarse de que nada había cambiado en los pocos días que habían transcurrido desde que acordaron verse. Ella miraba como pidiendo disculpas y desde la distancia él pudo percibir su tristeza, posiblemente producto de varios novios fallidos o de un trabajo aburrido. Ella esperaba más de la vida. Él lo entendía perfectamente, de una manera que pocos podían hacerlo.*

*—Hola, Ramona.*

*Ahora que estaban tan cerca el uno del otro, ella se sintió claramente retraída. Sus negras pestañas resaltaban sobre la curva de su mejilla, e inclinaba la cabeza hacia abajo de tal forma que su barbilla perfecta se perdía de vista.*

*—Me alegro de que hayamos decidido vernos —dijo él—. Creo que será una tarde bien aprovechada.*

*—Gracias por hacer un hueco. —Se sonrojó, todavía mirando hacia abajo—. Ya sé que estás muy ocupado.*

—El futuro es importante para todos, pero también lo son la vida, la forma en que vivimos, la carrera profesional, la familia, la satisfacción personal... Hay que planificar y pensar muy bien las cosas. No hay por qué hacerlo solo, y menos en una ciudad como esta. Aquí nos conocemos todos. Nos ayudamos. Lo comprenderás cuando lleves viviendo aquí más tiempo. Aquí la gente es buena. No soy solo yo.

Ella asintió, pero él sabía que había sentimientos más profundos en el interior de la chica. Se habían conocido casi por casualidad, y ella se debía de haber preguntado por qué había abierto su corazón con tanta facilidad a un desconocido como él. Pero ese era su talento: su rostro, sus modales exquisitos y la forma en que confiaban en él. Algunas mujeres necesitaban eso, un hombro en que apoyarse, paciencia. Una vez que se convencían de que sus intenciones no eran románticas, resultaba muy fácil. Era tranquilo y amable. Lo consideraban interesante.

—Entonces, ¿estás lista? —Le abrió la puerta del coche y durante un instante ella se quedó mirando las quemaduras de cigarrillo y los rasguños de los asientos de piel sintética y pareció dudar—. Es de alquiler —dijo—. Lo siento, mi coche está en el taller.

Ella se mordió el labio inferior y tensó los gemelos de sus suaves pantorrillas. El salpicadero estaba lleno de manchas y la tapicería se veía muy desgastada.

Necesitaba un empujón.

—Íbamos a quedar mañana, ¿recuerdas? Por la tarde, para tomar un café y charlar... —Una sonrisa surcó su rostro—. Habría tenido listo mi coche si no hubiésemos modificado los planes. Pero la que necesitaba cambiar el día eras tú. Ha sido algo de última hora, y, la verdad, lo estamos haciendo por ti...

Dejó que sus últimas palabras quedasen en el aire para que recordase que había sido ella quien había sugerido el encuentro, y no al revés. Ella asintió una última vez porque él tenía razón y porque no quería parecer la típica persona que daba importancia a cosas tan insignificantes como un coche, máxime cuando ni siquiera podía permitirse uno propio.

—Mi madre viene desde Tennessee por la mañana. —Echó una ojeada al edificio de apartamentos y unas arruguitas nuevas se le dibujaron en las comisuras de los labios—. No la esperaba.

—Ya.

—Y es mi madre.

—Ya me lo contaste, me acuerdo. —Empezaba a dejar traslucir una cierta frustración en la voz, un asomo de impaciencia. Sonrió ligeramente para parecer más dulce, aunque lo último que deseaba era que ella se pusiera a contarle sus orígenes rurales en alguna ciudad provinciana—. Es el coche de mi sobrino —dijo—. Está en la universidad.

—Eso lo explica todo.

Se refería al olor y a la suciedad, pero al menos ahora se reía, así que él también se rio.

—Esta juventud... —añadió.

—Sí, justo.

Fingiéndolo una reverencia dijo algo sobre los coches de caballos. Ella se rio, pero él ya había dejado de prestarle atención.

Ya la tenía dentro del coche.

—Me gustan los domingos. —Se sentó muy erguida mientras él se colocaba al volante—. La tranquilidad, el silencio, la ausencia de obligaciones... —Se alisó la falda y le dirigió la mirada—. ¿A ti no?

—Por supuesto —respondió, aunque no podía darle más igual—. ¿Le has contado a tu madre que habías quedado conmigo?

—Qué va —replicó la chica—. Me haría un millón de preguntas. Diría que me dejó llevar o que soy una irresponsable, y que tendría que haberla llamado a ella antes.

—¿No exageras?

—Te aseguro que no.

Él asintió como si comprendiera su soledad. La madre sobreprotectora, el padre distante o muerto... Encendió el motor. Le gustaba cómo se había sentado ella, con la espalda recta y ambas manos apoyadas suavemente sobre el regazo.

—La gente que nos quiere tiende a vernos bajo su propio prisma y no como realmente somos. Tu madre debería conocerte mejor. Creo que estaría gratamente sorprendida.

Aquel comentario la alegró.

Arrancó y siguió hablándole lo suficiente para mantenerla de buen humor.

—¿Qué me dices de tus amigos —preguntó—, tus compañeros de trabajo? ¿Se lo has contado a ellos?

—Solo he contado que he quedado hoy con una persona y que es un asunto personal. —Sonrió mostrándole los ojos cálidos y generosos que le habían atraído desde un primer momento. —Son muy curiosos.

—Estoy seguro —replicó. Ella sonrió por segunda vez.

Le llevó doce minutos hacer la primera pregunta interesante.

—Espera un momento. ¿No íbamos a tomar un café?

—Te voy a llevar primero a otro sitio.

—¿Cómo que a otro sitio?

—Se trata de una sorpresa.

Estiró el cuello mientras iban dejando atrás la ciudad y solo se veía campo. La solitaria carretera parecía adquirir un nuevo significado mientras la chica se frotaba la garganta y una mejilla.

—Me esperan luego mis amigos.

—Creía que no les habías contado nada.

—¿Eso he dicho?

La miró, pero no contestó. Fuera, el cielo era de color púrpura y el sol, de un naranja intenso que se abría paso a través de los árboles. Se encontraban bastante lejos de los límites de la ciudad, en un lugar con una iglesia abandonada situada, silenciosa, en una colina lejana, con el campanario roto como por el peso de un cielo amenazador.

—Me encantan las iglesias en ruinas —comentó él.

—¿Qué?

—¿No la ves?

Señaló con el dedo mientras ella se quedaba mirando las ruinas de piedra y la cruz torcida.

—No entiendo nada.

Estaba preocupada, y se intentaba convencer a sí misma de que todo era normal. Él observaba cómo se posaban los cuervos sobre las ruinas. Unos minutos más tarde ella le pidió que la llevara a casa.

—No me encuentro bien.

—Ya casi hemos llegado.

Ahora estaba asustada —él podía sentirlo—, aterrada por sus palabras, por la iglesia y por el extraño silbido monocorde que salía de sus labios.

—Tienes unos ojos muy expresivos —dijo—. ¿No te lo han dicho antes?

—Creo que me estoy encontrando peor.

—Te vas a encontrar muy bien enseguida.

Condujo el vehículo por un camino de grava, y el mundo para ella quedó reducido a los árboles, el anochecer y el calor que sentía en la piel. Nada más traspasar la puerta abierta de una verja oxidada, la

*chica se puso a llorar, de manera apenas perceptible al principio, pero luego de forma más agitada.*

*—No tengas miedo —le dijo.*

*—¿Por qué haces esto?*

*—¿Hacer qué?*

*Empezó a sollozar más fuerte, pero él no se inmutó. El coche dejó atrás la arboleda y accedió a un claro plagado de maleza, trastos viejos y restos de metal oxidado. Un silo vacío surgió, redondo y estriado, con su tejado en punta manchado de rosa por el sol poniente. En la base había una puerta entreabierta que dejaba escapar una oscura quietud. La chica elevó la mirada hacia el silo y cuando la bajó, vio las esposas en las manos del hombre.*

*—Póntelas.*

*Las dejó caer sobre su regazo. Una mancha húmeda y caliente se extendió bajo ellas. La vio mirar desesperadamente por la ventana en busca de alguien, de luz, de razones para mantener la esperanza.*

*—Haz como si esto no estuviera ocurriendo —le dijo.*

*Se puso las esposas con un tintineo metálico, como de pequeñas campanas.*

*—¿Por qué haces esto?*

*Era la misma pregunta, pero él no podía culparla por hacerla. Apagó el motor y escuchó cómo enmudecía. Hacía calor en el claro. El interior del coche olía a orina, aunque a él no le importaba.*

*—Se supone que teníamos que hacer esto mañana. —Empuñó una pistola eléctrica contra sus costillas y la vio dar una sacudida cuando apretó el gatillo—. No te necesito hasta entonces.*



# 1

Gideon Strange abrió los ojos y en la oscuridad y el calor escuchó los sollozos de su padre. Se quedó muy quieto: no era algo nuevo ni sorprendente. A menudo su padre acababa acurrucado en una esquina —como si la habitación de su hijo fuese el último lugar decente del mundo—, y Gideon pensó en preguntarle por qué, después de todos esos años, seguía tan triste, tan débil y tan hecho polvo. Sería una pregunta sencilla, y si su padre tuviese un mínimo de valor, podría responderle. Pero Gideon sabía lo que le contestaría, así que mantuvo la cabeza sobre la almohada y vigiló la oscura esquina hasta que su padre se levantó y atravesó la habitación. Durante un buen rato se quedó de pie, en silencio, mirando hacia abajo; luego acarició el cabello de Gideon mientras intentaba darse ánimos susurrando *Señor, por favor* y le pedía fuerza a su mujer fallecida, de forma que el *Señor, por favor* se convertía en *Ayúdame, Julia*.

A Gideon le parecían patéticos aquella desesperanza, aquellas lágrimas, aquellas convulsiones y aquellos dedos sucios. Mantenerse quieto era la parte más dura, no porque su madre estuviese muerta y no obtuviese respuesta, sino porque Gideon sabía que si se movía lo más mínimo, su padre podría preguntarle si estaba despierto o triste o igual de perdido. Entonces, Gideon tendría que decir la verdad: que no era que no sintiese ninguna de esas emociones, sino que en su interior sentía más soledad de la que ningún chico de su edad debiera soportar. Pero su padre no volvió a hablar: recorrió con los dedos el cabello de su hijo y se quedó totalmente inmóvil, como si la fuerza que buscaba pudiese llegar hasta él de forma mágica.

Gideon estaba seguro de que eso no ocurriría nunca. Había visto fotos antiguas de su padre, y tenía unos cuantos recuerdos borrosos de un hombre que reía y sonreía y que no bebía a todas horas. Durante años pensó que ese hombre volvería algún día, que todavía era posible. Pero su padre había ido arrastrando los días como si fueran un viejo traje usado, y no era sino un hombre vacío cuya única capacidad de emoción surgía con los recuerdos de su mujer

fallecida tiempo atrás. En esos momentos sí que parecía tener vida, pero ¿de qué servían aquellos indicios?

El padre acarició el pelo del chico una última vez antes de cruzar la habitación y salir cerrando la puerta. Gideon esperó un minuto antes de saltar de la cama completamente vestido. La cafeína ingerida y la adrenalina lo mantenían despierto, e intentaba recordar afanosamente la última vez que había dormido, soñado o pensado en cualquier otra cosa que no fuese el hecho de si sería capaz de matar a un hombre.

Tragando saliva con dificultad, abrió ligeramente la puerta mientras intentaba ignorar el hecho de que sus brazos eran escuálidos y pálidos y su corazón latía a mil por hora. Se dijo a sí mismo que a los catorce años ya era hombre de sobra, y que no necesitaba ser mayor para apretar el gatillo. Después de todo, el Señor quería que los chicos se convirtiesen en hombres, y Gideon solo estaba haciendo lo que debería hacer su padre, si fuese lo suficientemente hombre, lo cual significaba que matar y morir también entraban en los planes de Dios, y Gideon se entretenía con esos pensamientos en la profunda oscuridad de su mente intentando convencer desesperadamente a aquella parte de su ser que temblaba, sudaba y quería vomitar.

Habían pasado trece años desde el asesinato de su madre, tres semanas desde que Gideon encontrara la pequeña pistola negra de su padre y diez días más desde que descubriera que el tren de las dos de la madrugada lo llevaría a la prisión cuadrada y grisácea en el otro extremo del condado. Gideon sabía de chicos que habían saltado a trenes en marcha con anterioridad. La clave, según ellos, radicaba en correr deprisa y no pensar en lo afiladas y pesadas que eran esas enormes ruedas relucientes. Pero a Gideon le preocupaba saltar, fallar y caer bajo ellas. Tenía pesadillas todas las noches: un relámpago de luz y oscuridad y luego un dolor tan real que se despertaba con los huesos de las piernas doloridos. Era una imagen horrible, incluso despierto, por lo que la desterró de su mente y abrió la puerta lo suficiente como para ver a su padre desplomado en una vieja silla marrón. Con una almohada aferrada contra el pecho, su padre estaba mirando fijamente al televisor estropeado en cuyo interior Gideon había escondido la pistola después de robársela del cajón de la cómoda dos noches antes. Se dio cuenta en ese

momento de que debería haber guardado el arma en su dormitorio, pero no había un escondite mejor, pensó, que las entrañas resacas de un televisor destrozado, que llevaba sin funcionar desde que él tenía cinco años.

Pero ¿cómo iba a llegar hasta la pistola cuando su padre estaba sentado justo delante de ella?

Debería haberlo planeado de otra forma, pero a veces era incapaz de pensar con claridad. No era que él quisiera resultar problemático, pero incluso los profesores que eran amables con él habían sugerido alguna vez que fuera pensando en algún oficio, carpintería o metalurgia, más que en las palabras complicadas de esos magníficos y voluminosos libros. De pie, en la oscuridad, pensó que quizá aquellos profesores tuvieran razón después de todo, porque sin la pistola no podría disparar ni protegerse, ni demostrar a Dios que él tenía *la voluntad de hacer lo necesario*.

Después de unos minutos, cerró la puerta mientras pensaba *Tren de las dos de la madrugada*.

Pero el reloj marcaba ya la 1:21.

Y luego la 1:30.

Echó un vistazo desde la puerta y vio cómo una botella subía y bajaba hasta que su padre se derrumbó y la botella se le escurrió de la mano. Gideon esperó cinco minutos más antes de entrar sigilosamente en el cuarto de estar. Pisó piezas de un motor y más botellas, y se tropezó una vez, sobresaltado por el rugido de un coche que pasó a toda velocidad lanzando un resplandor luminoso que se coló por la rendija de las cortinas. Cuando volvió a quedarse a oscuras, se arrodilló tras el televisor, quitó la parte trasera y sacó la pistola negra y brillante; era más pesada de lo que recordaba. Giró el tambor y comprobó las balas.

—¿Hijo?

Era una voz débil de un hombre débil. Gideon se levantó y vio a su padre despierto: una carcasa hueca con forma humana sobre un pedazo de tapicería con manchas.

Su padre parecía inseguro y asustado, y durante un instante Gideon deseó haberse quedado bajo las sábanas. Podría cancelar el plan, fingir que nada de esto había sucedido. Estaría bien, pensó,

no matar a un hombre. Podía dejar la pistola y volverse a la cama. Pero vio la corona de flores en las manos de su padre. Las flores estaban ya secas y se deshacían, pero eran las flores que su madre, el día de su boda, había llevado en el pelo. Las observó de nuevo —magnolias y rosas blancas: flores pálidas y frágiles— y luego intentó imaginarse qué le parecería esa habitación a un extraño que los estuviese mirando desde arriba: un hombre con unas flores muertas y un niño con una pistola. A Gideon le gustaría saber explicar el poder de esa imagen para hacerle ver a su padre que iba a ser el hijo el que tuviera que encargarse de lo que el padre no quería hacer. Sin embargo, se dio la vuelta y se largó. Escuchó su nombre de nuevo, pero ya había cruzado el umbral dando un trompicon al salir al porche y saltando al suelo para luego echar a correr, consciente del calor de la pistola en su mano y del impacto en sus pies, subiendo por sus espinillas, del duro cemento mientras corría media manzana. Luego se coló por el jardín de un vecino anciano, lo cruzó y se adentró en la espesura del bosque que se extendía hacia el este bordeando el desfiladero. A continuación subió una empinada colina hasta llegar a un lugar donde había verjas con cadenas caídas y fábricas abandonadas con sus puertas selladas por el óxido.

Se dejó caer contra una de las verjas mientras escuchaba la voz de su padre por detrás, a lo lejos, gritar su nombre una y otra vez, tan alto que se quedaba sin voz y soltaba un pitido hasta quedarse mudo. Durante un segundo, Gideon titubeó, pero cuando oyó el silbido de un tren que venía desde el oeste, coló la pistola por debajo de la verja y trepó por ella rasgándose la piel y lastimándose las rodillas al caer de mala manera sobre la maleza crecida en el aparcamiento, al otro lado de la verja.

El silbido del tren se hacía más fuerte.

*No tenía por qué hacerlo.*

*Nadie tenía que morir.*

Pero no era más que la voz del miedo. Su madre había muerto y su asesino necesitaba pagar por ello. Así pues, se dirigió al hueco que existía entre la fábrica de muebles quemada y el lugar donde solían fabricar hilo, cuyo lateral estaba ahora derrumbándose. Entre los edificios la oscuridad era más patente, pero a pesar incluso de los ladrillos sueltos bajo sus pies, Gideon consiguió salir, sin caerse, hasta el hueco en la verja cerca del gran roble blanco en la esquina más lejana.

Se veía luz de una farola y de unas pocas estrellas, pero desapareció mientras se colaba bajo la alambrada y salía a un pequeño canal en el extremo opuesto. El suelo estaba sucio, reseco, pero también resbaladizo mientras bajaba. Se tropezó, y haciendo malabarismos para evitar que la pistola se cayera y se perdiera en la oscuridad, avanzó chapoteando por un charco y trepó hacia el otro lado hasta quedarse de pie, sin aliento, en un camino de matorrales que se extendía por las vías, cuyo metal refulgía, blanco, en contraste con la tierra.

Se dobló por la cintura, sintiendo agujetas. Pero entonces el tren apareció tras una curva e iluminó todo colina arriba.

Seguramente aminoraría la marcha, pensó.

Pero no fue así.

Subió la cuesta como si no le costara esfuerzo. Tres locomotoras y una pared de metal pasaron silbando a toda velocidad, robándole todo el aire de los pulmones. Pero a estas las seguían más vagones colina arriba a cada segundo, y Gideon tuvo la sensación, en la oscuridad, de que eran varios, unos cincuenta, luego cien, y de que su peso ralentizaba los motores hasta que se dio cuenta de que el tren había aflojado tanto el ritmo que casi podía alcanzarlo. Y eso fue lo que intentó hacer, corriendo tan deprisa como podía mientras las ruedas lanzaban destellos amarillos y creaban un vacío que succionaba los huesos de sus piernas. Se agarró torpemente a un vagón, luego a otro, pero los peldaños estaban muy altos y resbaladizos.

Se atrevió a echar un vistazo para ver los últimos vagones acercándose velozmente hacia él, veinte, o menos incluso. Si perdía el tren, no llegaría a la cárcel. Estiró los dedos, pero se cayó y se raspó la piel del rostro. Acto seguido siguió corriendo y llegó a alcanzar un peldaño. Sintió que lo atrapaba mientras una agonía le estallaba en el hombro y sus pies chocaban violentamente contra traviesas de madera antes de, por fin, resguardarse en el interior del vagón.

Lo había conseguido. Había subido al tren que le llevaría a matar a un hombre, y la certeza de aquel hecho le pesaba en la oscuridad. Ya no eran ideas, ni espera ni planificación.

El sol saldría en cuatro horas.

Las balas serían balas de verdad.

*¿Y qué?*

Se sentó en la oscuridad, con aire resuelto, mientras se sucedían colinas y valles salpicados de viviendas que parecían estrellas.

Pensó en las noches sin dormir, en el hambre, y cuando vio el río brillante bajo él, buscó la cárcel y vio una luz brillante a muchos kilómetros al otro lado del valle. Se estaba acercando, así que se asomó cuando pareció que el suelo parecía más plano y menos rocoso. Se armó de valor para saltar, pero se quedó quieto en el tren mientras la tierra pasaba deprisa a su lado y la prisión se hundía como un barco en la oscuridad. Se iba a pasar de largo, así que, en su lugar, pensó en el rostro de su madre y de ese modo pudo saltar, cayéndose y chocando contra el suelo como un saco de piedras.

Cuando se levantó todavía era de noche, y aunque las estrellas parecían menos brillantes, había suficiente luz para que fuera bordeando las vías cojeando hasta que encontró la carretera que le llevaría a un conglomerado de edificios marrones que había visto una vez desde la parte de atrás de un coche. Pasó por debajo de un cartel con letras negras que rezaba: «LOS PRESIDARIOS SON BIENVENIDOS» y estudió el bar, construido con bloques de hormigón y dos ventanas, que había al otro lado del cartel. Veía su rostro borroso en el cristal. No había gente ni tráfico, y cuando se giró para mirar hacia el sur, vio surgir la prisión en la distancia. Se quedó mirándola un buen rato antes de deslizarse sigilosamente por el callejón contiguo al bar y apoyar la espalda contra un contenedor de basura que olía a alitas de pollo, a tabaco y a orina. Quería sentirse satisfecho de haber conseguido llegar hasta ahí, pero la pistola se le antojaba extraña en el regazo. Intentó concentrarse en la carretera, pero no había nada que mirar, así que cerró los ojos y pensó en un pícnic que habían disfrutado cuando era pequeño. La foto que sacaron aquel día estaba enmarcada sobre su mesilla. Él llevaba unos pantalones amarillos con grandes botones y pensó que recordaría cómo lo sujetaba su padre en alto y lo hacía girar en círculo. Se aferró a esa idea feliz de la infancia antes de imaginarse lo que sentiría al matar al hombre que se la había arrebatado.

Quitaría el seguro.

Con el brazo bien firme y recto.

Lo había practicado una y otra vez en su mente para poder hacerlo bien de verdad; pero, incluso en su imaginación, la pistola temblaba y se quedaba muda. Gideon se había imaginado eso mismo mil y una veces en mil y una noches.

*Su padre no era lo suficientemente hombre.*

*Él tendría que serlo.*

Apretó el tambor contra su frente, rezó pidiendo fuerzas y luego volvió a repasar todo.

*Quitaría el seguro.*

*Con el brazo recto.*

Durante una hora más intentó hacerse de acero, luego vomitó en la oscuridad y se abrazó a sí mismo, como si también todo el calor del mundo le hubiese sido arrebatado.

## 2

Elizabeth tenía que dormir —eso ya lo sabía—, pero la fatiga que sentía no era solo física. El cansancio se debía a dos hombres muertos, a las preguntas que habían seguido, a los trece años como policía que parecía que iban a terminar mal. Repasó la película mentalmente: la chica desaparecida y el sótano, el alambre ensangrentado y el ruido —pum, pum— de las dos primeras rondas. Era capaz de explicar dos, quizá hasta seis, pero dieciocho balas en dos cuerpos era más complicado, incluso si la chica había sobrevivido. Habían pasado cuatro días desde el tiroteo y los días posteriores seguían pareciéndole extraños. El día anterior, una familia de cuatro miembros la paró en la acera para agradecerle que había hecho del mundo un lugar mejor. Una hora más tarde, alguien le escupió en su chaqueta favorita.

Encendió un cigarrillo pensando en cómo todo se reducía a qué postura tomaba cada uno. Para los que tenían niños era una heroína. Habían secuestrado a una chica y dos hombres habían muerto. Para muchos, esto estaba bien. Para los que desconfiaban de la policía por norma, Elizabeth era la prueba viviente de todo lo que funcionaba mal en las autoridades. Dos hombres habían muerto de una forma brutal y violenta. Daba igual que fueran camellos, secuestradores y violadores. Habían muerto por dieciocho disparos entre los dos, y eso, para algunos, era algo inadmisibile. Se habían utilizado palabras como «tortura», «ejecución» y «brutalidad policial». Elizabeth tenía opiniones muy concretas y claras sobre el asunto, pero, en su mayor parte, lo que sentía era simplemente cansancio. ¿Cuántos días llevaba sin dormir bien? ¿Cuántas pesadillas tenía cuando por fin lo conseguía?

Incluso siendo la ciudad y la gente que la habitaba las mismas, cada hora que pasaba le parecía más difícil seguir siendo la misma persona. Hoy era un ejemplo perfecto. Llevaba siete horas en el coche atravesando la ciudad sin rumbo, en dirección a las afueras del condado. Pasó por delante de la comisaría y de su casa, más allá de la prisión, antes de volver. Pero ¿qué podía hacer?

Su casa la succionaba como si fuera una aspiradora.

No podía ir al trabajo.

Entró en un oscuro aparcamiento de la zona peligrosa del centro, apagó el motor y se quedó escuchando los ruidos de la ciudad. Sonaba música de un club a dos manzanas. La correa de un ventilador chirriaba en una esquina. En algún lugar se oían risas. Después de cuatro años de uniforme y nueve con la placa dorada, distinguía cada matiz, cada ritmo. La ciudad era su vida, y durante mucho tiempo le había encantado. Ahora la veía...

*¿Cómo?*

*¿Era mal la palabra adecuada? No, resultaba demasiado dura.*

*¿Ajena, quizá?*

*¿Extraña?*

Salió del coche y se quedó en la oscuridad mientras la luz de una farola lejana parpadeaba dos veces antes de soltar un chasquido y fundirse. Se giró, despacio, tomando nota de cada callejón y de cada callejuela en un radio de diez manzanas. Conocía cada garito de venta de *crack* y cada albergue de vagabundos; a las prostitutas y a los camellos; en qué esquinas tenía más probabilidad de recibir un disparo si decías algo que no debías o vestías demasiado sexy. Siete personas distintas habían perdido la vida en esta zona deprimida de esta ciudad en decadencia, y eso solo en los tres últimos años.

Elizabeth había estado en sitios más deprimentes miles de veces, pero sin la placa le resultaba distinto. La autoridad moral era importante, como también lo era la sensación de pertenecer a algo más grande que una misma. No era miedo; «desnudez» podía ser una palabra adecuada. Elizabeth no tenía novios, ni amigas ni aficiones. Era policía. Le gustaban la lucha y la persecución, los escasos momentos felices en que ayudaba a la gente que tenía buenas intenciones. ¿Qué quedaría de todo eso si lo perdía todo?

*Channing*, se dijo a sí misma.

*Quedaría Channing.*

Que una chica a la que apenas conocía fuese tan importante para ella era algo extraño. Pero así era. Cuando Elizabeth se sentía deprimida o perdida, pensaba en la chica. Al igual que cuando el mundo exterior la presionaba o cuando consideraba con seriedad la posibilidad de acabar en prisión por lo que había sucedido en el agujero oscuro y húmedo del sótano. Channing estaba viva, y, a

pesar de lo mal que estaba, todavía tendría posibilidades de llevar una vida plena y normal. Muchas otras víctimas no podían decir lo mismo. Maldita fuera, ella sabía que también había muchos policías que tampoco lo podían decir.

Aplastando el cigarrillo, Elizabeth compró un periódico de una máquina contigua a un bar vacío. De vuelta al coche, extendió el periódico sobre el volante y vio su propia cara devolviéndole la mirada. Resultaba fría y distante en blanco y negro, aunque podía ser el titular lo que la hacía parecer distante:

### ¿POLICÍA HEROÍNA O ÁNGEL DE LA MUERTE?

Tras los dos primeros párrafos, estaba bien claro qué era lo que opinaba el periodista. Incluso aunque la palabra «supuesta» aparecía más de una vez, también lo hacían frases como «brutalidad inexplicable, uso de la fuerza innecesario, muerte en medio de un dolor intenso». Tras años de críticas positivas, el periódico local parecía que finalmente se había vuelto contra ella. No era que los culpara, y menos cuando había tantas protestas y tanto clamor público, o con la policía estatal involucrada. La fotografía que habían elegido lo decía todo. De pie, en los escalones de los juzgados y mirando hacia abajo, parecía fría y distante. Eran sus pómulos altos y sus ojos profundos, la tez clara que, sin embargo, parecía gris sobre el papel.

—Ángel de la muerte... ¿A quién se le ocurre?

Tiró el periódico al asiento trasero, arrancó y salió de la zona conflictiva de la ciudad, mientras conducía por delante de los juzgados y la fuente de la plaza, y pasaba luego como una exhalación en dirección a la universidad por delante de cafeterías, bares y chicos ruidosos que reían a carcajadas. Tras ello, se encontró en la zona aburguesada de los apartamentos de lujo, galerías de arte y almacenes remodelados y reconvertidos en cervecerías artesanales, *spas* y teatros alternativos. Había turistas en las aceras, algunos intelectuales, unos cuantos sin techo. Aceleró al llegar a la autopista de cuatro carriles que pasaba delante de restaurantes de comida rápida y el antiguo centro comercial. Allí el tráfico era menos denso, los movimientos de la gente más pausados, más contenidos. Encendió la radio, pero los canales de tertulia eran aburridos y tampoco encontró ninguna música de su gusto. Giró hacia el este y continuó por

una estrecha carretera que atravesaba arboledas esporádicas y parcelas con entradas marcadas con columnas de piedra. Después de veinte minutos llegó a los límites de la ciudad. Después de otros cinco, comenzó a subir la montaña. Cuando llegó a la cima, encendió otro cigarrillo y se quedó observando la ciudad, pensando lo limpia que parecía desde allí arriba. Durante un instante, se olvidó de la chica y del sótano. No hubo gritos, ni sangre, ni humo, ninguna chica destrozada ni errores irredimibles. Había claridad y había oscuridad. Nada gris ni con sombras. Nada en medio.

Dio unos pasos hacia el borde del precipicio y miró hacia abajo mientras intentaba encontrar algún motivo de esperanza. No la habían acusado de nada. No iría a la cárcel.

*De momento no...*

Lanzó el cigarrillo a la oscuridad y llamó a la chica por tercera vez en los últimos días.

—Channing, hola, soy yo.

—¿Detective Black?

—Llámame Elizabeth, ¿recuerdas?

—Sí, perdona. Estaba dormida.

—¿Te he despertado? Lo siento. Estos días tengo la cabeza... —Elizabeth apretó el teléfono contra la oreja y cerró los ojos—. He perdido la noción del tiempo.

—No pasa nada. Estoy tomando somníferos. Ya sabes, mi madre...

Escuchó un susurro en la línea. Se imaginó a la chica sentándose en la cama. Tenía dieciocho años, era una muñeca de ojos espantados y tenía el tipo de recuerdos que ninguna joven de su edad debería tener.

—Solo estaba preocupada por ti. —Elizabeth agarraba el teléfono con tal fuerza que la mano le empezó a doler y el mundo dejó de dar vueltas—. Con la que está cayendo, me ayuda saber que te encuentras bien.

—Duermo la mayor parte del tiempo. Lo malo es cuando estoy despierta.

—Lo siento tanto, Channing...

—No se lo he contado a nadie.

Elizabeth se puso tensa de repente. Un aire cálido subía por la montaña, pero ella sentía frío.

—No te llamo por eso, cielo. No tienes que...

—Me gusta que me hayas llamado, Elizabeth. No le he contado ni a un alma lo que realmente ocurrió. No lo haré. No podría.

—Ya lo sé, pero...

—¿Alguna vez se te pone todo oscuro?

—Channing, ¿estás llorando?

—A veces a mí me parece todo un poco gris.

Se le quebró la voz, y Elizabeth se la pudo imaginar en el dormitorio de la enorme casa de sus padres, al otro lado de la ciudad. Seis días antes, Channing había desaparecido de una calle. Ningún testigo. Ningún móvil aparte del obvio. Dos días más tarde, Elizabeth la sacó, parpadeando, del sótano de una casa abandonada. Los hombres que la habían secuestrado habían muerto de dieciocho disparos. Ahora, así estaban las cosas: era medianoche, cuatro días más tarde, y la habitación de la joven seguía siendo dulce, rosa, llena de recuerdos de su niñez. Si había alguna moraleja que sacar de ese hecho, Elizabeth no la encontraba.

—No debería haberte llamado —afirmó—; ha sido muy egoísta por mi parte. Vuelve a dormir.

La línea emitió un pitido.

—¿Channing?

—Me preguntan por lo que ocurrió, ¿sabes? Mis padres. Los abogados. Me lo preguntan constantemente, pero lo único que les digo es cómo mataste a esos hombres y cómo me salvaste y la alegría que sentí cuando murieron.

—Está bien, Channing. No pasa nada.

—¿Me hace eso una mala persona, Elizabeth? ¿Que me alegrara? ¿Que crea que dieciocho balas no fueron suficientes?

—Por supuesto que no. Se lo merecían.

Sin embargo, la chica seguía llorando.

—Los veo cuando cierro los ojos. Escucho los chistes que se contaban a ratos. La forma en que planearon matarme. —Su voz se quebró de nuevo y el silencio fue más intenso—. Sigo sintiendo sus dientes en la piel.

—Channing...

—Escuché lo que decían tantas veces que empecé a creérmelo. Que merecía lo que me estaban haciendo, que les pediría morir antes de que hubieran acabado, que llegaría a suplicarles antes de que por fin me matasen.

La mano de Elizabeth se puso todavía más pálida de sujetar con tanta fuerza el teléfono. Los médicos habían contado diecinueve mordiscos, la mayoría de los cuales le habían atravesado la piel; pero Elizabeth supo, después de largas charlas, que fueron las cosas que le habían dicho las que la hirieron más, así como la certeza de morir y el miedo fueron la forma en que habían intentado romperla por dentro.

—Les habría pedido que me mataran —dijo Channing—. Si no hubieses llegado cuando lo hiciste, se lo habría pedido.

—Ya ha pasado todo.

—Yo creo que no.

—Sí. Eres más fuerte de lo que crees.

Channing se volvió a quedar en silencio. Elizabeth podía percibir su respiración entrecortada.

—¿Vendrás a verme mañana?

—Lo intentaré —respondió Elizabeth.

—Por favor.

—Tengo que hablar con la policía estatal mañana. Si puedo escaparme, iré. Si no, entonces será pasado mañana.

—¿Me lo prometes?

—Sí —contestó Elizabeth, aunque no sabía nada de arreglar cosas rotas.

Cuando volvió al coche, Elizabeth seguía sintiéndose desconectada, y, como en otros momentos de su vida, cuando no había tenido adónde ir o nada que hacer, acabó en la iglesia de su padre, una humilde edificación que se alzaba, estrecha y deslucida, contra el cielo oscuro de la noche. Aparcó bajo el alto campanario, estudió las pequeñas casas alineadas como cajas en la oscuridad y pensó por enésima vez que podría vivir en un sitio así. Tan pobre como era, la gente trabajaba y criaba a sus hijos y se ayudaban los unos a los otros. El civismo de esos vecinos resultaba extraño hoy en día, y Elizabeth pensó detenidamente en qué era lo que hacía que ese sitio fuese tan especial para sus padres. Aunque ella y su padre estaban de acuerdo en muy poco sobre cuestiones existenciales, él era un buen pastor. Si la gente quería tener relación con Dios, el suyo era un buen camino, basado en la amabilidad, en el sentido de comuni-

dad. Ayudaba al vecindario a funcionar y nada se ponía en marcha a menos que fuese a su manera.

Elizabeth perdió ese tipo de confianza cuando cumplió los diecisiete años.

Avanzó por un sendero estrecho que discurría bajo frondosos árboles y acababa en la casa del párroco, donde vivían sus padres. Al igual que la iglesia, se trataba de una vivienda pequeña, sencilla y simple pintada de blanco. No esperaba encontrar a nadie despierto, pero su madre estaba sentada a la mesa de la cocina. Tenía los mismos pómulos que Elizabeth y los mismos ojos profundos, una mujer atractiva con pelo entrecano y piel suave a pesar de largos años de trabajo duro. Elizabeth la observó un minuto mientras escuchaba ladridos de perros, un motor en la lejanía, el llanto de un bebé en alguna vivienda lejana. Había evitado ir desde el tiroteo.

*Entonces, ¿por qué estoy aquí?*

Por su padre no, pensó. Eso nunca.

*Entonces, ¿por qué?*

Pero ella ya sabía por qué.

Llamó a la puerta. Esperó mientras escuchaba el frufnú de la ropa tras la puerta mosquitera y aparecía su madre.

—Hola, mamá.

—Mi niña... —La puerta se abrió de par en par y su madre salió al porche. Le brillaban los ojos bajo la luz, y sus facciones se veían llenas de alegría al tiempo que extendía los brazos y abrazaba a su hija—. No me llamas. Tampoco vienes.

Su madre la abrazaba con suavidad, pero Elizabeth la apretó con fuerza.

—Han sido unos días malos, lo siento.

Colocó a Elizabeth frente a ella y analizó su rostro.

—Te hemos dejado varios mensajes, ¿sabes? Incluso tu padre te ha llamado.

—No puedo hablar con papá.

—¿Así de mal están las cosas?

—Digamos que ya voy a tener suficientes juicios pendientes aquí en la tierra como para además añadir otro en el cielo.

No pretendía ser un chiste; aun así, su madre soltó una buena carcajada.

—Ven a tomar algo. —Guió a Elizabeth hasta el interior, la sentó en la pequeña mesa y forcejeó con el hielo y una botella de whisky Tennessee medio vacía—. ¿Quieres hablar del tema?

Elizabeth negó con la cabeza. Quería ser sincera con su madre, pero había descubierto hacía tiempo que una pequeña mentira podía secar incluso el pozo más profundo. Mejor no decir nada en absoluto. Mejor quedárselo dentro.

—¿Elizabeth?

—Lo siento. —Elizabeth meneó la cabeza de nuevo—. No quiero resultar distante. Es solo que todo está tan... confuso.

—¿Confuso?

—Sí.

—Oh, tonterías. —Elizabeth abrió la boca, pero su madre le hizo un gesto para que la cerrara—. Eres la persona de mayor lucidez que he conocido nunca. De niña y de adulta. Siempre lo has visto todo más claro que la mayoría. Eres igual que tu padre en ese sentido, aunque penséis de forma tan diferente.

Elizabeth echó una ojeada hacia el oscuro pasillo.

—¿Está en casa?

—¿Tu padre? No. Los Turner vuelven a tener problemas. Tu padre intenta ayudarlos.

Elizabeth conocía a los Turner. La mujer bebía y se volvía violenta. Había herido a su marido en una ocasión y Elizabeth había contestado esa llamada en su último mes como policía de patrulla. Podía cerrar los ojos y describir la pequeña casa, a la mujer, que pesaría cincuenta kilos como mucho, con una bata rosa...

*Quiero hablar con el reverendo.*

Tenía en la mano un rodillo que se balanceaba en las sombras. El marido estaba en el suelo, ensangrentado.

*Solo hablaré con el reverendo.*

Elizabeth había estado dispuesta a actuar a las malas, pero su padre había conseguido calmar a la mujer, y el marido —una vez más— había rechazado presentar cargos. Eso había sido hacía unos años, y el reverendo seguía ayudándolos.

—Nunca se rinde, ¿verdad?

—¿Tu padre? No.

Elizabeth miró por la ventana.

—¿Ha dicho algo del tiroteo?

—No, cariño. ¿Qué podría decir?

Era una buena pregunta, y Elizabeth conocía la respuesta. La podía culpar por las muertes, por ser policía en primer lugar; podía decir que había perdido su confianza y que todo lo malo fluía de esa única y mala decisión: el sótano, los hermanos muertos, su carrera profesional...

—Sigue sin poder aceptar el tipo de vida que he elegido.

—Por supuesto que sí puede. Es tu padre, a pesar de todo, y le duele.

—¿Le duele por mí?

—Tal vez añore otros tiempos más sencillos. Añora cómo eran las cosas antes. Ningún hombre desea ser odiado por su propia hija.

—No lo odio.

—Pero tampoco lo has perdonado.

Elizabeth aceptó aquella verdad. Se mantenía a distancia e incluso cuando estaban en la misma habitación, el ambiente era gélido.

—¿Cómo podéis ser tan diferentes?

—No lo somos tanto.

—Las arrugas de la felicidad. De la preocupación. La aceptación, el juicio. Sois tan opuestos que me pregunto cómo habéis podido estar juntos tanto tiempo. Me maravilla. De verdad.

—Estás siendo injusta con tu padre.

—¿Tú crees?

—Qué quieres que te diga, cariño... —Su madre le dio un sorbo al whisky y sonrió—. No es posible ir en contra de lo que nos dicta el corazón.

—¿Incluso después de tantos años?

—Bueno, quizá ahora no es tanto el corazón. Puede resultar difícil, sí, pero eso es solo porque tiene las cosas claras. El bien y el mal, el único camino correcto... Cuanto más vieja me hago, más descanso encuentro en ese tipo de certeza.

—Por Dios, mamá, estudiaste filosofía.

—Aquella era una época diferente...

—Viviste en París, escribías poesía.

Su madre hizo un gesto como restando importancia a aquel comentario.

—No era más que una cría y París, solo un lugar. Me preguntas por qué seguimos juntos, y en mi corazón todavía recuerdo cómo

me sentía entonces: esa claridad de ideas, la determinación, la decisión de cada día hacer del mundo un lugar mejor... Vivir con tu padre ha sido como estar junto a un fuego vivo, todo fuerza bruta, calor y propósito. Se levantaba todos los días motivado y se acostaba de la misma forma. Me hizo feliz durante muchos, muchos años.

—¿Y ahora?

Su madre sonrió con melancolía.

—Digamos que, a pesar de todo lo estricto que se ha vuelto, mi hogar siempre estará entre las mismas cuatro paredes que acojan a tu padre.

A Elizabeth le gustó la elegancia sencilla de tal compromiso. El pastor. La mujer del pastor. Dejó pasar un segundo, pensando en cómo debía de haber sido la vida de sus padres: la pasión y el idealismo, los primeros años y la gran iglesia de piedra.

—No es lo mismo que la antigua, ¿verdad? —comentó. Se dio la vuelta hacia la ventana y se quedó mirando hacia los jardines bien enmarcados entre las piedras, la maleza y la pobre y pequeña iglesia recubierta de tablillas quemadas por el sol—. Me acuerdo de la otra de cuando en cuando: de la frescura, de la quietud y de la vista espectacular desde los escalones principales.

—Pensaba que odiabas la iglesia vieja.

—No siempre. Y tampoco con tanta intensidad.

—¿Por qué has venido, cariño? —El reflejo de su madre surgió en el mismo tramo de la ventana—. Dime la verdad.

Elizabeth suspiró, porque sabía de sobra el verdadero motivo por el que había ido hasta allí.

—¿Soy buena persona? —Su madre amagó una sonrisa, pero Elizabeth la detuvo—. Hablo en serio, mamá. Es como ahora. En mitad de la noche. Mi vida está llena de complicaciones e incertidumbres y aquí estoy.

—No seas tonta.

—¿Soy una aprovechada?

—Elizabeth Francis Black, no has pedido nada en toda tu vida. Desde que eras niña siempre te he visto entregarte, primero a tu padre y a la congregación, ahora a toda la ciudad. ¿Cuántas medallas has ganado? ¿Cuántas vidas has salvado? ¿De qué trata todo esto?

Elizabeth se volvió a sentar y se quedó mirando la bebida, encogida de hombros.

—Ya sabes lo bien que disparo.

—Ah, ahora lo entiendo. —Cogió la mano de su hija y se le llenaron los bordes de los ojos de arrugas cuando le apretó la mano y se sentó al otro lado de la mesa.

—Si disparaste a esos hombres dieciocho veces, seguro que tenías buenas razones para hacerlo. Nada de lo que diga nadie nunca me hará cambiar de opinión al respecto.

—¿Has leído la prensa?

—Por encima. —Hizo un gesto como despreciando lo que había leído—. Pura distorsión.

—Han muerto dos hombres. ¿Qué más hay que decir?

—Mi niña... —Volvió a llenarle el vaso y ella misma se sirvió un poco más—. Eso es como utilizar la palabra «blanca» para describir una luna llena o «húmedo» para capturar la inmensidad de los océanos. Has salvado a una inocente. Lo demás palidece en comparación.

—¿Sabes que la policía estatal está investigándolo?

—Solo sé que hiciste lo que te pareció correcto, y si disparaste a esos hombres dieciocho veces, entonces tenías una buena razón para hacerlo.

—¿Y si la policía estatal no está de acuerdo?

—Dios santo... —Su madre volvió a reírse—. No puedes dudar tanto de ti misma. Llevarán a cabo su pequeña investigación y limpiarán tu nombre. Tienes que estar segura de eso.

—Nada me parece claro en estos momentos. Lo que ocurrió. Por qué ocurrió. No he dormido apenas.

Su madre dio un sorbo y alzó un dedo.

—¿Te suena la palabra inspiración? ¿Lo que significa? ¿De dónde viene?

Elizabeth negó con la cabeza.

—En la Edad Media, nadie entendía qué era lo que convertía a algunas personas en especiales. Cualidades tales como la imaginación, la creatividad y la visión. La gente vivía y moría en el mismo pueblo. No tenían ni idea de por qué salía el sol o por qué se ponía o por qué había invierno. Escarbaban en la basura y morían jóvenes a causa de distintas enfermedades. Cada alma de esa época oscura y difícil se enfrentaba a las mismas limitaciones; todos, excepto un excepcional puñado de gente que veía las cosas de otra manera: poe-

tas, inventores, artistas, constructores... La gente común no los entendía, no comprendía cómo podía una persona levantarse un buen día y ver el mundo de otra manera. La gente creía que era un regalo de Dios. De ahí la palabra «inspiración». Significa «que ha recibido el aliento».

—Yo no soy ninguna artista. Ni tampoco una visionaria.

—Y, aun así, tienes una lucidez tan escasa y preciosa como la de un poeta. Ves muy dentro y comprendes las cosas. No los habrías matado a no ser que no te quedara más remedio.

—Escucha, mamá...

—Inspiración. —Su madre bebió y se le llenaron los ojos de lágrimas—. Aliento insuflado por el propio Dios.

Treinta minutos más tarde, Elizabeth condujo de vuelta al centro urbano. La ciudad tenía un tamaño decente para tratarse de Carolina del Norte, con más de cien mil habitantes dentro de su límites y el doble repartido por todo el condado. Todavía quedaban núcleos de riqueza, pero tras diez años de recesión empezaban a aparecer grietas. Las persianas de los escaparates estaban echadas allí donde nunca antes lo habían estado. Ventanas rotas sin reparar, edificios sin pintar... Elizabeth pasó por delante de un local que había sido su restaurante favorito y vio a un grupo de adolescentes discutiendo en una esquina. Ahora también había mucha más rabia, mucho descontento. La tasa de desempleo duplicaba la media nacional, y cada año se ponía más difícil fingir que la época de bonanza quedaba ya lejos, lo cual no era óbice para que siguiera habiendo zonas bonitas en la ciudad. Las había: viejas casas con cercas de madera y estatuas de bronce que hablaban de certezas, de guerra y de sacrificio. Quedaban reductos de orgullo, pero incluso la gente más distinguida parecía precavida a la hora de expresarlo, como si fuese peligroso, como si de alguna manera fuese mejor mantener la cabeza agachada y esperar a que llegasen tiempos mejores.

Aparcó delante de la comisaría y se quedó mirando a través de la ventanilla. El edificio constaba de tres plantas y estaba hecho de la misma piedra y el mismo mármol que los juzgados. A mano derecha, un restaurante chino copaba un callejón estrecho. El cementerio de los Confederados estaba a una manzana, y más allá

estaban las cocheras del tren cuyos raíles atravesaban la tierra de norte a sur. De niña, Elizabeth solía seguir las vías del tren hasta la ciudad, cuando iba con sus amigos los sábados por la mañana a ver una película o a ver a los chicos en el parque. Ahora era incapaz de imaginar esa vida. Chicos en las vías del tren, sueltos por la ciudad. Bajó la ventanilla y aspiró el olor del asfalto y los neumáticos calientes. Encendió un cigarrillo mientras vigilaba la comisaría.

*Trece años...*

Intentó imaginarse que lo perdía todo: el trabajo, las relaciones sociales, su motivación vital... Desde que tenía diecisiete años había querido ser policía porque los policías no tenían las cosas que asustaban a la gente normal. Los policías eran fuertes. Tenían autoridad y una misión. Eran los buenos de la película.

¿Todavía seguía creyendo eso?

Elizabeth cerró los ojos, cavilando. Cuando los abrió, vio a Francis Dyer bajar las amplias escaleras que se extendían en la entrada de la comisaría. Se fue directamente a cruzar la calle con su habitual gesto de frustración y tristeza. Habían discutido mucho desde el tiroteo, aunque no había resquemor entre ellos. Él era mayor, amable, y se preocupaba sinceramente por ella.

—Hola, capitán. No esperaba verte aquí tan tarde.

Él se detuvo ante la ventanilla; estudió el rostro de Elizabeth y el interior del coche. Fue observando los paquetes de cigarrillos, las latas de Red Bull y la media docena de periódicos arrugados que llenaban los asientos traseros. Por fin, fijó la mirada en el teléfono móvil que tenía junto a ella.

—Te he dejado seis mensajes.

—Lo siento. Lo tengo apagado.

—¿Por qué?

—La mayoría de llamadas son de periodistas. ¿Preferirías que hablase con ellos?

A Dyer le enfurecía su actitud. En parte por ansiedad, en parte porque necesitaba controlarlo todo. Ella era detective, pero estaba suspendida de sus funciones; era una amiga, aunque no tanto como para justificar el grado de frustración que le invadía. Se le notaba en la cara, en los ojos entrecerrados, en el gesto amable de los labios, en el repentino acaloramiento que marcaba su piel.

—¿Qué haces aquí, Liz? Es de noche.

Ella se encogió de hombros.

—Ya hemos hablado de esto antes. Hasta que se aclare tu caso...

—No pensaba entrar.

Esperó unos segundos, con una expresión impasible en el rostro y una escasa preocupación en los ojos.

—Tu reunión de seguimiento con la policía estatal es mañana. Te acuerdas, ¿verdad?

—Por supuesto.

—¿Has visto a tu abogado?

—Sí —mintió—. Todo preparado.

—Entonces deberías estar con algún familiar o con amigos, con gente que te quiera.

—Ya he estado cenando con unos amigos.

—¿En serio? ¿Qué has comido? —Ella abrió la boca, pero él continuó—: Olvídalo. No quiero que me mientas. —Echó un vistazo por encima de las estrechas gafas; luego miró a ambos lados de la calle—. En mi oficina. En cinco minutos.

Se marchó y Elizabeth dedicó un minuto a recomponerse. Cuando se sintió preparada, cruzó la calle y subió a paso ligero las escaleras hasta donde las puertas de cristal doble reflejaban la luz de las farolas y las estrellas. En el despacho, una vez dentro, forzó una sonrisa y levantó el pulgar en señal de que todo estaba bien al sargento que había tras el cristal reforzado.

—Ya, ya —dijo el sargento—. Ya me ha dicho Dyer que te deje entrar. Pareces distinta.

—¿En qué sentido?

Él meneó la cabeza.

—Soy demasiado viejo para esa mierda.

—¿Qué mierda?

—Opinar sobre las mujeres.

Pulsó el intercomunicador, cuyo sonido acompañó a Elizabeth hasta el hueco de la escalera y mientras subía al amplio espacio abierto en que consistía la brigada de detectives. Estaba casi vacío, la mayoría de los escritorios en penumbra. Durante unos segundos agrídulces, nadie se percató de su presencia. Luego la puerta se cerró con un sonoro ruido y un policía corpulento con un traje arrugado levantó la vista desde su mesa.

—Al loro, garbanzo negro en la casa.

—¿Al loro? —Elizabeth se adentró en la estancia.

—¿Qué? —El fornido policía se reclinó en su asiento—. ¿No puedo hablar en jerga callejera?

—Yo que tú, me limitaría a ser tú mismo.

—¿Y eso en qué consiste?

Ella se detuvo frente a la mesa.

—En una hipoteca, en críos; en quince kilos de más y una mujer desde... ¿cuándo, nueve años?

—Diez.

—Bueno, pues eso. Una familia feliz, arterias obstruidas y a veinte años de la jubilación.

—Qué graciosa. Muchas gracias por recordármelo.

Elizabeth cogió un caramelo de un recipiente de cristal, puso los brazos en jarras y bajó la mirada hacia el rostro redondo de Charlie Beckett. Medía metro noventa y rayaba el sobrepeso, pero Elizabeth le había visto lanzar a un sospechoso de cien kilos por encima de un coche aparcado sin inmutarse.

—Bonito pelo —dijo él.

Ella se lo tocó, percibiendo lo corto que estaba y lo desfilado del flequillo.

—¿En serio?

—Es un sarcasmo, mujer. ¿Por qué te has hecho eso?

—Quizá quería que el espejo me devolviese otra imagen.

—Quizá deberías contratar a alguien que sabe lo que hace. ¿Cuándo te lo has hecho? Te vi hace dos días.

Tenía recuerdos borrosos de habérselo cortado: cuatro de la mañana, borracha, a oscuras en el cuarto de baño. Se había estado riendo sobre algo, pero había sido casi más como llorar.

—¿Qué haces aquí, Charlie? Es más de medianoche.

—Ha habido un tiroteo en la universidad —le contestó.

—Jesús, otro no...

—No, es distinto. Algunos chicos intentaban dar una paliza a un novato que decían que era gay. Gay o no, lo que sí ha resultado es que era un gran fan de las armas. Lo persiguieron hasta el callejón donde está el barbero, en el extremo del campus. Cuatro a uno. Entonces sacó una calibre 38.

—¿Ha matado a alguien?

—Le ha disparado al brazo a uno de ellos. Los otros se largaron enseguida. Tenemos los nombres, no obstante. Los estamos buscando.

—¿Se han presentado cargos contra el estudiante?

—Cuatro contra uno. Un universitario sin antecedentes. —Beckett meneó la cabeza—. Por lo que a mí respecta, ahora mismo, simple papeleo.

—Supongo que sí.

—Eso es.

—Escucha, me tengo que ir.

—Sí. El capitán ya me dijo que venías. No parecía contento.

—Me ha pillado espiando fuera.

—Estás de baja. ¿Te acuerdas?

—Sí.

—Pues no estás ayudando a tu causa precisamente.

Sabía lo que quería decir. Se habían formulado muchas preguntas sobre aquel sótano, y ella había sido parca en respuestas. La presión iba en aumento: la policía estatal, el fiscal general...

—Hablemos de otra cosa... ¿Cómo está Carol?

Beckett se apoyó contra el respaldo de la silla mientras se encogía de hombros.

—Trabaja mucho.

—¿Algún tipo de emergencia en la peluquería?

—Pues, aunque no te lo creas, así es. Una boda, creo. O una fiesta de divorcio. Esta noche toca un lavado especial. Cortar y peinar por la mañana.

—¡Vaya!

—Ya... A propósito, todavía quiere emparejarte.

—¿Con quién? ¿Con el ortodoncista?

—Dentista.

—¿Hay alguna diferencia?

—Creo que uno de los dos gana más dinero.

Elizabeth señaló por encima del hombro con el pulgar.

—Creo que me está esperando.

—Escucha, Liz... —Beckett se inclinó hacia delante, bajando la voz—. He intentado ayudarte con lo del tiroteo, ¿vale? He intentado ser un buen compañero, un buen amigo y una persona comprensiva. Pero la policía estatal viene mañana...

—Tienen mi declaración. Preguntar lo mismo otra vez no va a hacer que las respuestas sean diferentes.

—Han tenido cuatro días para buscar testigos, hablar con Channing, estudiar la escena del crimen... No harán las mismas preguntas. Ya lo sabes.

Ella se encogió de hombros.

—La historia sigue siendo la misma —dijo.

—Es todo política, Liz. Lo entiendes, ¿verdad? Policía blanca, víctimas negras...

—No eran víctimas.

—Mira —Beckett analizó su rostro, preocupado—: quieren detener a un miembro de la policía que piensan que es racista, inestable o ambas cosas. En lo que a ellos respecta, esa eres tú. Se acercan las elecciones y el fiscal general quiere congraciarse con la comunidad negra. Esta es su oportunidad.

—Todo eso me da igual.

—Les disparaste dieciocho veces.

—Violaron a esa chica durante más de un día.

—Lo sé, pero escucha...

—Le ataron las muñecas con un alambre tan fuerte que le cortó hasta el hueso.

—Liz...

—¡No me vengas con «Liz», maldita sea! Le dijeron que la iban a asfixiar cuando hubieran acabado y que luego tirarían su cadáver a la cantera. Tenían la bolsa de plástico y la cinta aislante preparadas. Uno de ellos quería violarla mientras la asfixiaba. Dijo que era como un rodeo con una chica blanca.

—Conozco todos esos detalles —contestó Beckett.

—Entonces, esta conversación no debería estar teniendo lugar.

—Pero lo está, ¿no es así? El padre de Channing es rico y blanco. Los hombres a los que disparaste eran pobres y negros. Es todo política. Y los medios de comunicación ya se han enterado. Ya has visto los periódicos. La historia está a esto —hizo un gesto de pinza con el pulgar y el índice— de saltar al plano nacional. La gente quiere una condena.

Elizabeth sabía a quién se refería Beckett. A los políticos. A los agitadores sociales. A los que creían genuinamente que el sistema era corrupto.

—No puedo hablar de eso ahora.

—¿Puedes hablarlo con tu abogado?

—Ya lo he hecho.

—No, no lo has hecho. —Beckett se volvió a reclinar mientras la observaba—. Tu abogado ha llamado preguntando por ti. Dice que no os habéis reunido y que no le devuelves las llamadas. La policía estatal te quiere condenar por doble homicidio y tú te dedicas a joderla como si no hubieses vaciado el cargador contra dos hombres desarmados.

—Tenía un buen motivo.

—No lo dudo, pero esa no es la cuestión. Los policías también van a la cárcel. Lo sabes mejor que nadie.

Su mirada era tan mordaz como sus palabras. A Elizabeth le daba igual. Incluso después de trece años.

—No pienso hablar de él, Charlie. Esta noche no. Y menos contigo.

—Sale de la cárcel mañana. Supongo que ves la ironía. —Beckett cruzó las manos tras la cabeza, como retándola a discutir esos hechos irrefutables.

*Los policías también van a la cárcel.*

*A veces salen.*

—Será mejor que vaya a ver al capitán.

—Liz, espera...

Elizabeth no lo hizo. Dejó a Beckett y llamó dos veces antes de abrir la puerta del despacho del capitán. Dentro, Dyer estaba sentado tras la mesa. A pesar de lo tarde que era, su traje parecía immaculado y el nudo de su corbata, perfecto.

—¿Estás bien?

Elizabeth agitó una mano, pero no pudo ocultar la rabia y la desilusión.

—Los compañeros murmuran...

—Beckett solo quiere lo mejor para ti. Como el resto de nosotros.

—Entonces déjame volver a trabajar.

—¿En serio crees que eso es lo mejor para ti?

Ella desvió la mirada. Esa pregunta prácticamente daba en el clavo.

—Trabajar es lo que mejor sé hacer.

—No te incorporarás hasta que las cosas sigan su curso.

Elizabeth se dejó caer sobre una silla.

—¿Y eso cuánto va a durar?

—Esa no es la pregunta adecuada.

Elizabeth se quedó mirando su propio reflejo sobre la ventana. Había perdido peso. Tenía el pelo hecho un asco.

—¿Cuál es la pregunta adecuada?

—¿Hablas en serio? —Dyer levantó las palmas de las manos—. ¿Recuerdas siquiera cuándo ha sido la última vez que has comido?

—Eso no tiene importancia.

—¿Y qué me dices de la última vez que has dormido algo?

—Está bien. De acuerdo. Admito que los últimos días han sido... complicados.

—¿Complicados? Por todos los santos, Liz, tienes unas ojeras que parecen pintadas. No estás nunca en casa, al menos que sepamos. No contestas el teléfono. Vas de paseo por ahí con ese coche destartado...

—Es un Mustang del 67.

—... que difícilmente puede tener los papeles en regla. —Dyer se inclinó hacia delante, con los dedos entrelazados—. Esos agentes estatales no paran de preguntar por tí, y me resulta cada vez más difícil asegurarles que eres de fiar. Hace una semana habría utilizado términos como «buen juicio», «brillante», «dominio de sí misma». Ahora no sé qué decir. Te has vuelto suspicaz, impenetrable e impredecible. Bebes demasiado, has empezado a fumar por primera vez desde hace ¿cuánto?, ¿diez años? No hablas con tu abogado ni con tus compañeros. Pareces una de esas jóvenes góticas, como si fueses un espectro... —Hizo un gesto intencionado como asimilando el destrozo del pelo y su palidez.

—¿Podemos hablar de otra cosa?

—Creo que mientes sobre lo que sucedió en el sótano. ¿Qué te parece eso para cambiar de tema?

Elizabeth desvió la mirada.

—Se te acaba el tiempo, Liz. Los agentes estatales no se lo tragan, y yo tampoco. La chica ha sido muy escueta en detalles, lo que me hace pensar que también miente. No sabes dar cuenta de una hora completa. Vaciaste el cargador.

—¿Hemos terminado?

—No. —Dyer se reclinó en su asiento, molesto—. He llamado a tu padre.

—Ah. —Una sola palabra que encerraba todo un mundo de significado—. ¿Y cómo está el reverendo Black?

—Dice que tus grietas son tan profundas que ni siquiera la luz de Dios llega al fondo.

—Ya, bueno... —Miró hacia otro lado—. A mi padre siempre se le han dado bien las palabras.

—Es un buen hombre, Liz. Déjale ayudarte.

—Asistir a los oficios de mi padre dos veces al año no te da derecho a discutir mi vida con él. No quiero que se implique, y no necesito ayuda.

—Pero sí que la necesitas. —Dyer colocó los antebrazos sobre la mesa—. Eso es lo más descorazonador. Eres una de las mejores detectives que he visto nunca, pero también eres un tren que va lentamente abocado a un descarrilamiento seguro. No podemos quedarnos de brazos cruzados. Queremos ayudarte. Déjanos ayudarte.

—¿Me vas a devolver la placa o no?

—Piensa bien lo que vas a contar, Liz. Ve al grano o esos estatales te van a comer viva.

Elizabeth se levantó.

—Sé lo que hago.

Dyer hizo lo propio y habló al tiempo que ella se dirigía a la puerta.

—Has pasado por delante de la cárcel esta tarde.

Elizabeth se detuvo con la mano en el pomo. Se giró. Quería hablar del día siguiente y de la prisión. Por supuesto que quería. Como Beckett. Como el resto de policías.

—¿Me has estado siguiendo? —dijo con tono helado.

—No.

—¿Quién me ha visto?

—No importa. Ya sabes a qué me refiero.

—Supongamos que no soy adivina.

—No te quiero cerca de Adrian Wall.

—¿Adrian qué?

—No te hagas la tonta. Ya ha cumplido condena. Sale mañana.

—No sé de qué hablas —contestó ella.

Pero sí que lo sabía, y ambos eran conscientes de ello.